

David Arnold

# La Era de los Descubrimientos 1400-1600

Prólogo de José Antonio Martínez Torres



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *The Age Of Discovery, 1400-1600.*  
*Second Edition*  
Traducción: Carlo A. Caranci

Traducción autorizada de la edición inglesa publicada por Routledge, un sello de Taylor & Francis Group.  
Todos los derechos reservados.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: *Gerardus Mercator*, grabado en madera del siglo XIX.  
© Bridgeman  
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1983, 2002 David Arnold  
© de la traducción: herederos de Carlo A. Caranci, 2021  
© del prólogo: José Antonio Martínez Torres, 2021  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-172-2  
Depósito legal: M. 312-2021  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Prólogo, de José Antonio Martínez Torres

## La Era de los Descubrimientos (1400-1600)

- 23 Introducción  
26 Cronología

### Primera parte

- 31 El significado del término «descubrimiento»  
41 Europa y el ancho mundo  
55 En busca de oro y especias  
65 Italia  
77 Portugal y España  
86 Tecnología marítima y navegación

### Segunda parte

- 103 África  
111 Asia  
126 América  
146 Enfermedades y cambios en el medio ambiente  
155 Conclusión  
163 Guía de ulteriores lecturas  
169 Índice de mapas  
171 Índice analítico



# Prólogo

## Un solo mundo

*Todos los hombres colaboran maravillosamente  
entre sí y con la república mundana,  
como en una y misma ciudad.*

Jean Bodin (1566)

He aquí un libro fundamental por muchas y variadas razones, pero señalaré solamente dos. La primera, porque nos recuerda que la idea de descubrimiento geográfico es histórica. Y la segunda, porque se justiprecia el papel que, como conectores culturales, desempeñaron los navegantes y conquistadores españoles y portugueses en las exploraciones oceánicas que se produjeron entre 1400 y 1600, la llamada «Era de los Descubrimientos», y el momento en el que se puede afirmar sin reservas que se inicia la unificación del mundo.

El firmante de este trabajo, David Arnold (1946), aunque es un historiador reputado, quizás no sea suficientemente conocido en España. Profesor ya emérito de Historia Global de Asia en la Universidad de Warwick, anteriormente ejerció la docencia en la

Universidad de Londres, en el seno de la School of Oriental and African Studies. Autor de sólidas publicaciones que se ocupan de las interacciones entre Asia y Europa, de entre todas ellas destacan *Colonizing the Body: State Medicine and Epidemic Disease in Nineteenth Century India* (1993); *Science, Technology and Medicine in Colonial India* (2000); y *The Tropics and the Traveling Gaze* (2006).

Las navegaciones y conquistas que realizaron los ibéricos durante la Baja Edad Media y el Renacimiento han sido interpretadas, tanto por los pensadores contemporáneos como por los del siglo XVII en adelante, de diferente modo. Hay opiniones a favor y en contra, la mayoría de ellas condicionadas por los diferentes contextos políticos en las que fueron pergeñadas. No obstante, se debe al economista y filósofo británico de la Escuela escocesa Adam Smith la conversión de una opinión en una sentencia histórica *ex cathedra*:

El descubrimiento de América y el del paso a las Indias Orientales por el Cabo de Buena Esperanza son los dos acontecimientos más importantes que registra la historia de la humanidad<sup>1</sup>.

Sin entrar ahora a valorar un futurible campo de estudio en el que existen muchas variables de análi-

1. Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza Editorial, 2011, p. 620 (la edición original en lengua inglesa es de 1776).

sis para sopesar los costos y beneficios de tan relevantes empresas, no quiero pasar por alto el hecho de que el acto de descubrir, *lato sensu*, es histórico, colectivo, y naturalmente varía con el transcurrir del tiempo<sup>2</sup>. Indudablemente se descubre porque se aprende de los demás, pues formamos parte de una comunidad. No obstante, el momento mágico del ¡eureka! exclamado por Arquímedes cuando tomaba un baño no existe. Y es que se va a descubrir lo que ya se sabe que existe gracias a las leyendas, los libros de viajes y mapas. En este sentido, la denominada «Era de los Descubrimientos» coincide de pleno con la invención de la imprenta (1440), así como con la difusión que gracias a ésta tuvieron la publicación de una serie de fundamentales obras, entre las que destacan la *Geografía* de Claudio Tolomeo, los *Viajes* de Sir John Mandeville y Marco Polo, o las *Navegaciones* de Giovanni Battista Ramusio, por citar solo algunos ejemplos.

Así, las esperadas noticias de pueblos remotos y sus ritos y costumbres crecen gracias al importante invento de Gutenberg, e inspiran a autores como Michel Montaigne (*Essais*) y William Shakespeare (*The tempest*). Solo en un año, 1500, el conjunto de prensas que trabajaban en el continente europeo

2. Las mejores visiones de conjunto sobre el impacto del Nuevo Mundo en la Europa de los siglos XVI, XVII y XVIII son las de Antonello Gerbi, *La Disputa del Nuevo Mundo*, México, FCE, 1960; y John H. Elliott, *El Viejo Mundo y el Nuevo, 1492-1650*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, 3.<sup>a</sup> reimpresión.

produjeron más de veinte millones de volúmenes diversos. Las que había en Ámsterdam, Londres, París, Madrid, Lisboa y Venecia proporcionaron una imagen de Asia, África y América que todavía era fruto de una mezcla de fantasía, mito y conocimientos reales. Hasta 1600 la mayor parte del mundo, salvo Australia, Nueva Zelanda y otras islas del Pacífico, era conocido gracias a los mapas y libros de viajes<sup>3</sup>. Y es que el Renacimiento fue una época de descubrimiento del hombre por el hombre, y en el que las referencias comparativas hay que buscarlas en el propio sustrato ideológico de cada civilización en particular. Si, por poner un ejemplo, para los aztecas e incas los conquistadores españoles, ataviados con sus brillantes corazas y montados sobre sus briosos caballos, eran lo más parecido a los dioses que mencionaban sus profecías, para los españoles la gran ciudad de México-Tenochtitlán, llena de edificios sagrados de altas torres, se asemejaba a las mezquitas que había en las poblaciones musulmanas<sup>4</sup>.

3. Jerry Brotton, *Trading Territories: Mapping the Early Modern World*, Ithaca, Cornell University Press, 1997; Peter Burke, *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*, Barcelona, Paidós, 2002; Giuseppe Marcocci, *Indios, chinos, falsarios. Las historias del mundo en el Renacimiento*, Madrid, Alianza Editorial, 2019.

4. Miguel León Portilla, *Visión de los vencidos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1959; Nathan Wachtel, *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1576)*, Madrid, Alianza Editorial, 1976; Tzvetan Todorov, *La conquista de América: el problema del otro*, México, Siglo XXI, 1987; Serge Gruzinski, *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español*,

Asia y África, al contrario que América, mantuvieron con los europeos unos contactos casi epidérmicos. En el caso concreto de China, pesó, y no poco, el grado de desarrollo en el que se encontraban sus estructuras político-administrativas de poder, admiradas como se sabe por los ilustrados de principios del XVIII (Leibniz y Voltaire, sobre todo). Para las poblaciones costeras del África ecuatorial y oriental, no hay que obviar la adversidad que siempre representó su clima y la frondosidad de sus selvas, todo lo cual contribuyó a que hasta bien avanzado el siglo XIX no se penetrase hasta el interior del continente y se remontaran algunos de sus principales y caudalosos ríos. América, como ya se ha dicho, desde pronto se diferenció de Asia y África en sus relaciones con el llamado «Viejo Mundo», generando un tráfico de dos direcciones con el objetivo firme de sentar las bases de un sistema global de comercio. Oro, plata, cueros, azúcar y textiles llegaron en grandes cantidades a los puertos europeos y americanos sentando las bases económicas del posterior y diferencial desarrollo de Europa. Indudablemente, parte de este proceso histórico tiene su apoyatura en la censurable esclavización de cientos

*siglos XVI-XVII*, México, FCE, 1991; Mercedes García-Arenal, «Moriscos e indios. Para un estudio comparado de métodos de conquista y evangelización», *Crónica Nova. Revista de Historia Moderna de la Universidad de Granada*, n.º 20, 1992, pp. 153-176; y David A. Lupher, *Romans in a New World: Classical Models in Sixteenth-century Spanish America*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2003.

de miles de personas para trabajar en las minas y haciendas donde se extraían y producían algunas de las materias primas citadas. Es esta la más lúgubre cara de esta unificación del mundo que se produce en los siglos XV y XVI gracias a las exploraciones oceánicas de los navegantes y conquistadores españoles y portugueses. Hay muchas cifras para insistir, pero conviene retener el siguiente dato: hacia 1600 había unos 100.000 esclavos solo en el este de Brasil. La mayor parte de ellos, capturados en razias o comprados a cambio de armas, licor o un puñado de cuentas de vidrio a los tratantes o *pombeiros* en las aldeas cercanas a la desembocadura de los ríos Níger y Congo, se emplearon en el cultivo de la caña de azúcar brasileña. Encadenados y hacinados en el interior de las bodegas de los barcos negreros, un 40 % aproximadamente sobrevivían. El resto moría de las heridas y enfermedades causadas en las capturas o en la larga, incierta y temida travesía atlántica. A la par que los grandes señores coloniales se enriquecían con el lucrativo negocio del azúcar, indirectamente se generó toda una cultura del mestizaje en los principales territorios de acogida forzosos (Brasil, Venezuela, Colombia, islas Antillas). Con todo, no será hasta algunos años más tarde cuando sus mayores expresiones artísticas se manifiesten en la literatura y la música<sup>5</sup>.

5. Los trabajos sobre la esclavitud negra en el continente americano durante la Edad Moderna son abundantes. Un sólido y útil estudio es el de

La unificación del mundo que se produce en la Baja Edad Media y el Renacimiento también queda definida por el impacto microbiano causado en América por la llegada de enfermedades nuevas procedentes de Europa, como el tifus, la viruela, el sarampión o la gripe. Es cierto que las estimaciones sobre la población precolombina varían enormemente, según historiadores y escuelas historiográficas. Sin embargo, hoy estamos en condiciones de poder afirmar que México, con casi 20 millones de personas antes de la campaña de Hernán Cortés de 1519, redujo su población un 90 % en el siglo siguiente a causa de las muertes causadas por la violencia de la conquista y las enfermedades importadas. Cifras también altas, aunque no tanto como las del caso mexicano, se estiman para las contiendas posteriores de Perú (1532-1572) y Chile (1540-1598)<sup>6</sup>. De la dureza y resistencia de la primera fase de los enfrentamientos entre españoles e incas, araucanos o mapuches nos podemos hacer una idea contemplando las imágenes sobre la occisión del inca Túpac Amaru que ilustran los escritos de Felipe Guamán Poma de Ayala, así como leyendo el poema épico de Alonso de Ercilla, *La Araucana* (1569).

Herbert S. Klein, *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*, Madrid, Alianza Editorial, 1986. De igual forma, interesa la lectura de Sidney W. Mintz, *Dulzura y poder: el lugar del azúcar en la Historia Moderna*, México, Siglo XXI, 1996.

6. Massimo Livi Bacci, *Los estragos de la conquista. Quebranto y declive de los indios de América*, Barcelona, Crítica, 2006.

Naturalmente, esta violencia desmedida trajo pareja la supresión de las formas religiosas indígenas a manos de frailes dominicos y franciscanos. En poco más de una década, entre 1524 y 1536, cuatro millones de conversiones fueron registradas en México, todo lo cual nos permite hablar de una verdadera «conquista espiritual» paralela a la territorial<sup>7</sup>.

Como no podía ser de otra forma, la esclavitud, los maltratos y las muertes violentas ocasionadas a los indios y negros por los conquistadores contribuyeron a originar la llamada «leyenda negra» de España, difundida ya en parte en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1542) de fray Bartolomé de las Casas, y que tan buena acogida llegó a tener en las cancillerías de las monarquías y repúblicas (Inglaterra, Francia y Holanda) que rivalizaban contra el poder de los Habsburgo<sup>8</sup>. Esta negativa imagen se fue oscureciendo más y más a medida que el fanatismo religioso de la Inquisición y sus temidos autos de fe no eran censurados por los nie-

7. Robert Ricart, *La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572*, México, FCE, 2017 (la primera edición en francés es de 1933); Carmen Bernand y Serge Gruzinski, *De la idolatría: una arqueología de las ciencias religiosas*, México, FCE, 1988; y Solange Alberro, *Inquisición y sociedad en México, 1571-1700*, México, FCE, 1988.

8. La bibliografía sobre la «leyenda negra» ya empieza a ser ingente. Un último e importante trabajo es el de María José Villaverde y Francisco Castilla Urbano (directores), *La sombra de la leyenda negra*, Madrid, Tecnos, 2016. Asimismo, Alejandro Cañeque García, *Un imperio de mártires. Religión y poder en las fronteras de la Monarquía Hispánica*, Madrid, Marcial Pons, 2020.

tos y biznietos de Isabel y Fernando, y obviamente proporcionó suficiente munición ideológica para cuestionar el poder ibérico en el mundo<sup>9</sup>. De resultados de todo ello, y gracias también a los grabados e imágenes de la expansión hispana y portuguesa que realizaron Theodor de Bry y Jan Huygen van Linschoten, desde el siglo XVI hasta bien entrado el XX se estereotiparon dos modelos de conquista y explotación: el español, basado en la expansión territorial y el reparto del botín extraído forzosamente como consecuencia de la experiencia obtenida en la larga lucha contra el enemigo «infiel»; y el portugués, que debido a que tenía una limitación demográfica mayor que la de sus vecinos peninsulares, decidió inclinarse por la fundación de factorías y enclaves mercantiles. Si la violencia y la intolerancia religiosa caracterizaron a los españoles de Ultramar, la corrupción, como se denuncia reiterativamente en el diálogo del *Soldado práctico* (1564) de Diogo do Couto, fue siempre la principal característica de la colonización lusa, sobre todo de Ormuz a Macao.

9. No hay que olvidar que entre 1580 y 1640 España y Portugal permanecieron unidas. Véase, Carlos Martínez Shaw y José Antonio Martínez Torres (directores), *España y Portugal en el Mundo, 1581-1668*, Madrid, Polifemo, 2014; José Antonio Martínez Torres (ed.), «Conexiones imperiales en Ultramar: España y Portugal, 1575-1668», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, número 48-2 (2018); José Antonio Martínez Torres (ed.), «Violencia, arbitrista y colonización en el Oriente ibérico, 1580-1668», *Historia Social*, número 98 (2020); y John H. Elliott, «Reflexiones sobre una unión fracasada», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie IV. Historia Moderna*, número 28 (2015), pp. 275-281.

Naturalmente, la unificación del mundo es difícil que se produzca sin adelantos y técnica, y aquí es de recibo detenerse en un episodio en el que no se ha insistido suficientemente. Y es que superar el cabo Bojador en 1434 y encontrar un paso que permitiese la vuelta a Portugal fue un logro para la humanidad no siempre reflejado en los libros de Historia. Gil Eanes, que es el nombre del piloto luso que realizó esta hazaña, consiguió romper con las creencias míticas que imperaban en la navegación bajomedieval y abrir así el camino a las exploraciones oceánicas que van a tener lugar desde ese preciso momento. Y todo esto fue posible gracias a que Eanes y otros marinos como él decidieron conjugar dos importantes tradiciones marítimas: una derivada de Oriente, con sus progresos para la navegación a gran distancia (brújula, cuadrante, vela latina o triangular); y la otra propia de Europa, con sus robustos barcos de velas cuadradas, aptos para navegar, comerciar y luchar cerca de la costa. La resultante de aunar ambas tradiciones marítimas es la carabela, que se convierte en la embarcación por antonomasia para surcar los mares y océanos entre 1400 y 1600<sup>10</sup>. Pocas veces superior a las 70 toneladas de desplazamiento y a los 60 o 70 pies de longitud, llevaba una combinación de velas latinas con

10. El mejor trabajo sobre esta temática de estudio sigue siendo el de Carlo M. Cipolla, *Cañones y velas en la primera fase de la expansión europea, 1400-1700*, Barcelona, Ariel, 1967.

velas cuadradas, lo que las convertía en rápidas y muy adecuadas para el comercio y los combates (estaban ligeramente artilladas) que se producían en las mismas playas. En tres semanas más o menos podían cruzar el Atlántico aprovechando los favorables vientos alisios. Es cierto que eran menos propicias a realizar largos viajes como los que llevaban hasta Goa o Manila. En este caso era necesario hacer uso de galeones, más convenientes a la carga y tripulación numerosa. La singladura entre Lisboa y Macao podía superar el año y medio y, como se puede deducir, las probabilidades de morir eran elevadas. No obstante, las expectativas de prosperidad y ascenso social compensaron a los cientos de miles de viajeros que hicieron esta ruta durante la Edad Moderna. Como nos dice el mismo David Arnold, «en una época en la que el transporte por tierra seguía siendo lento y peligroso, las carabelas y [las naos] abrieron para Europa unas oportunidades sin precedentes para explorar, comerciar y conquistar a través de los océanos del mundo».

En definitiva, durante algo menos de cincuenta años, los que van de 1474 a 1521, los navegantes y conquistadores de España y Portugal llegaron a las costas de Asia, África y América, descubrieron el océano Pacífico y dieron la primera vuelta al mundo. Además de exportar importantes y abundantes remesas de oro y plata, que era el móvil principal de estas empresas exploratorias, también demandaron

grandes cantidades de pimienta, nuez moscada y porcelana china. Tales mercancías llegaron a cotizar en la bolsa de Amberes incluso más que los metales nobles. Lo relevante en estos cruciales momentos no es que la tierra gire en torno al sol, sino que el dinero gire en torno a la tierra, señala provocativamente el filósofo alemán Peter Sloterdijk<sup>11</sup>. Hasta tal punto esto fue así que, como se nos recuerda en este pequeño pero gran libro, no es exagerado afirmar que los descubrimientos europeos ayudaron a acelerar el crecimiento económico y a superar la pérdida de población bajomedieval causada por la peste negra de 1348-1349.

José Antonio Martínez Torres  
Profesor Titular de Historia Moderna  
Universidad Nacional de Educación a Distancia.  
Madrid.

11. Peter Sloterdijk, *Esferas*, Madrid, Siruela, 2003, 3 vols., esp, vol. II: «Globos. Macroesferología», p. 742; y Timothy Brook, *El sombrero de Vermeer. Los albores del mundo globalizado en el siglo XVII*, Barcelona, Tusquets, 2019, extraordinariamente centrado en las relaciones holandesas con China.

# La Era de los Descubrimientos (1400-1600)



# Introducción

Durante los siglos XV y XVI el conocimiento que Europa tenía del resto del mundo sufrió una transformación fundamental. En 1400 Europa, como muestran sus mapas, tenía solo una idea vaga, y a veces totalmente errónea, de lo que había más allá de sus costas. En los doscientos años que siguieron, los continentes dibujados por los cartógrafos europeos aumentaron, como embriones en crecimiento, de inciertas burbujas a los fácilmente reconocibles contornos que nos son familiares hoy. Solo Australia, Nueva Zelanda y el Pacífico norte permanecieron, en 1600, ausentes de los mapas o dibujados de manera imperfecta.

Muchos de los más importantes descubrimientos se llevaron a cabo en un asombrosamente breve espacio de tiempo. En los treinta años que siguieron

al primer viaje transatlántico de Colón en 1492, los portugueses habían rodeado el cabo de Buena Esperanza y habían llegado muy lejos, hasta China. En 1522 el Pacífico se había cruzado de este a oeste y se había circunnavegado el mundo por primera vez<sup>1</sup>.

Pero los viajes de larga distancia y las hazañas de los descubrimientos marítimos no eran en realidad algo novedoso. Otros navegantes –entre ellos los árabes, los indios, los chinos, los vikingos y los polinesios– ya habían realizado viajes transoceánicos espectaculares antes que los europeos de los siglos XV y XVI. Pero sus hazañas se olvidaron o no se repitieron, o solo tuvieron una trascendencia local. La novedad que supuso la Era de los Descubrimientos, como acabó llamándose, fue la conexión a través de las exploraciones marítimas de los océanos del mundo en un solo sistema de navegación, y las distintas maneras en que este dominio de los mares se convirtió en la base para la extensión última de la influencia europea en cada continente habitado. Al aumento de los conocimientos geográficos de Europa siguió rápidamente la expansión del control comercial y territorial. Hacia 1600 Portugal poseía un imperio marítimo que iba de Brasil y África occidental al mar de China. El imperio americano de España se extendía desde Texas hasta Chile, y otros europeos –holandeses, ingleses y franceses– mos-

1. Para las fechas más importantes, véase la Cronología de las pp. 26-27.

traron claramente que ambicionaban la riqueza comercial ibérica y sus dominios.

¿Cómo podemos explicar la rapidez de las exploraciones y de la expansión europea? ¿Acaso fue la Era de los Descubrimientos, en efecto, tan repentina y arrolladora como a primera vista parece, o fue más bien el resultado de fuerzas que habían ido madurando durante largo tiempo en la propia Europa? ¿Qué motivos están detrás de este movimiento expansionista, y por qué Portugal y España fueron sus pioneros? ¿Cómo afectaron los factores externos a Europa en el carácter de este expansionismo? Estos son los temas que este pequeño libro tiene intención de tratar principalmente. Pero será necesario, en primer lugar, considerar hasta qué punto tiene sentido hablar del período comprendido por los siglos XV y XVI como de una «Era de los Descubrimientos» en conjunto.